



ANÁLISIS

DE NUEVO EL FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES

ALICIA LLARENA

Poeta, catedrática de la ULPGC y miembro de la Academia Canaria de la Lengua

Una chica despierta a las ocho de la mañana en una casa de Los Llanos de Aridane. Un chico desayuna a las ocho y media en otra casa que está apenas unas manzanas más arriba. Los dos tienen ganas de llegar al instituto porque hoy será un día extraordinario y comentan con sus padres que ojalá sea tan entretenido e interesante como en los años anteriores, cuando escritores famosos a los que ni siquiera conocían les hablaron sobre el valor de la escritura, lo emocionante que es leer un libro, la aventura de escribirlo, cómo se hace un personaje, cómo se inventa una isla, qué hay en un poema o detrás de un verso, por qué es tan necesaria la poesía en estos tiempos, qué complicado es traducir los libros de una lengua a otra y qué excepcional es don Benito, ese narrador gran-canario del siglo XIX cuyas obras parece que hablaran de estos días.

Desde 2018, cuando arrancó el primer Festival Hispanoamericano de Escritores, los jóvenes estudiantes de La Palma y los paisanos de Los Llanos de Aridane se sienten importantes, habitantes privilegiados de una isla y de un municipio que esperan cada

año con enorme expectación esa fiesta literaria que hace brillar a la isla bonita ubicando sus centenarios laureles de india en el centro del universo. No sé si hemos reparado lo suficiente en lo que significa desarrollar este evento de talla internacional en el archipiélago, ni en lo conveniente y oportuno de un formato que acerca la literatura al aula y a la ciudadanía, que invita a convivir y a naturalizar la oportunidad de tomarse un café y entablar una charla amistosa con buenos y célebres escritores y escritoras de todas las orillas del mundo hispano y que, además, es un espacio de enorme proyección para los creadores y creadoras de nuestras islas.

Sobre lo primero, no hará falta explicitarlo, pero es de justicia reconocer a quienes idearon y organizan el Festival que hayan movilizad energía y recursos para congregarse en la isla bonita a un nutrido plantel de reconocidos nombres que admiramos y que leemos, y que no solo traen consigo su acento y un pedazo de país, sino que nos llevan de vuelta, con la experiencia insular en la maleta y un relato que contar a todos sobre la que describen como experiencia irrepre-

tible y única.

Sobre el formato del Festival, ningún otro más apropiado para estos tiempos y más acorde con el espíritu dialogante y humanista de la literatura: charlas, mesas redondas, desayunos, visitas a institutos, talleres, almuerzos, tertulias de sobremesa, cenas, excursiones, café de media tarde o media mañana, desveladas, lecturas, firmas de libros, recitales, actividades todas en las que, codo a codo, conviven los escritores con ciudadanos y lectores, la fiesta de la creación, de la lectura y de la palabra, sin duda alguna.

¿Y qué decir de lo que todo ello supone para la literatura que se escribe en nuestras islas? Imposible imaginar mayor escaparaté ni ocasión más relevante para trazar puentes y contactos y hacer brincar nuestra escritura hacia todas las orillas de la lengua. Y para desislarnos, que todo hay que decirlo, no solamente por la proyección internacional que el Festival ofrece a nuestros creadores, sino por la ocasión de reunirlos y hacerlos convivir y re-conocerse, haciendo de La Palma la patria chica común por unos días.

Consciente de lo que significa en este tiem-

po histórico el apoyo a la literatura, el sembrado entre los más jóvenes, el magisterio a pie de calle y fuera del aula, la combinación de cultura y algarabía, el asombro de tener al alcance a tu escritor o a tu escritora favorita y la oportunidad de crecer como islas en la dirección correcta, solo puede agradecerse el compromiso y el empeño de quienes imaginaron esta fiesta, buscaron el modo de materializarla y, para deleite y orgullo del archipiélago, nos la trajeron a casa.



La Palma, territorio panhispánico

Sentar a la mesa a tantos y tan diferentes y hacer que todos vivan un despertar hacia los mejores ánimos de fraternidad en la lengua y en la literatura es, quizá, el mayor logro.

ANÁLISIS

FRANCISCO JAVIER PÉREZ

Secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española

Durante los últimos tres años, hacia el final del verano, en la isla de La Palma, y en concreto en Los Llanos de Aridane, se ha operado el milagro panhispánico: refundar en sus espacios físicamente pequeños, el continente más grande de nuestra lengua. Y esto que hoy llamamos milagro es en realidad la culminación de un proceso que comenzó siglos atrás, cuando la isla fue sembrada en el territorio sin fin de Hispanoamérica; cruzada que se propusieron cumplir todas las islas del archipiélago. Con una admirable tenacidad, siempre el objetivo fue hacer germinar la lengua común con la intención de convertirla en esa «panlengua» que hoy constituye el español.

El Festival hispanoamericano de escritores (creación de los escritores canarios JJ Armas Marcelo y Nicolás Melini) ha congregado en La Palma a españoles de tres mundos, como Juan Ramón Jiménez lo hubiera querido. Españoles de la Pensínsula, españoles americanos y españoles canarios; esos singulares españoles america-

nos o americanos españoles. Y es, precisamente, por este último rasgo tan característico de la cultura Atlántica de las Islas – ser tierra entre dos tierras que el mar reúne –, que la escogencia no pudo ser más feliz.

Nuestra lengua, tan unitaria y tan diversa a la vez, ha adquirido en La Palma ciudadanía panhispánica gracias al empeño de este festival que ha querido apostar por la pluralidad de la lengua y de su literatura. Sentar a la mesa a tantos y tan diferentes y hacer que todos vivan un despertar hacia los mejores ánimos de fraternidad en la lengua y en la literatura es, quizá, el logro mayúsculo de un evento que, por ello mismo, no es un evento más. Al quedar por fuera el sectarismo y la exclusión, la reunión se manifiesta de escritores y filólogos, de consagrados y nuevos, de especialistas y legos, de divulgadores y promotores, de fotógrafos y artistas, de profesores y estudiantes, de entusiastas y curiosos, por solo mencionar algunas de las combinaciones a las que el festival atiende y da respuesta.

Y no se trata de esa diversidad fortuita, construida como en tantos congresos y reuniones, a base de una pluralidad de formularios, sino que en el festival de Los Llanos de Aridane se hace énfasis en aquella pluralidad que genera concierto armónico y música hermanada; diversidades no para el solaz de lo diverso, sino para la búsqueda del entendimiento de lo diferente. A esta manera de asumir la fortaleza mayor con la que cuenta nuestra lengua como expresión de cultura y de nuestra cultura como expresión de la lengua, la llamaremos «panhispánico». Término y concepto felices donde los haya, se ha fraguado a fuego lento desde el siglo XIX por la acción de filósofos de la lengua y filólogos de la cultura, tanto como por la de escritores y académicos, para que hoy sea la manera más potente con la que caracterizamos lo que hacen los casi 600 millones de hablantes de español, en pos de un destino promisorio para todos. Y es ese ser «para todos», el rasgo que este festival literario ha ido desarrollando, muy a contra-

corriente con eventos de este tipo que lo son para unos pocos, el que ha permitido que el prodigio se mantenga año tras año como vivencia del destino de la mejor literatura en nuestra lengua. Esa, que al hablarle a unos le habla a todos y esa que convoca a la fraternidad como vehículo privilegiado para lograr la concordia, de la que estamos siempre tan necesitados en el mundo hispanico.

Venturosamente, todas estas reflexiones son producto de mi fe en el credo panhispánico que cultivamos en la Asociación de Academias de la Lengua Española. Corporación de corporaciones que junta bajo unos principios doctrinarios generales los principios particulares de cada una de las veintitres academias de la lengua española; la lengua de esos españoles de tres mundos que cada año se dan cita en La Palma, gracias al prodigio que siempre es la literatura (esa manera de imaginar el mundo siempre para bien), para conformar el territorio panhispánico que queremos, en esos espacios en donde nuestra lengua se edifica y vive.

Celebro el panhispánico del Festival Hispanoamericano de Escritores y celebro su hispanoamericanismo, pues construye –deuda siempre pendiente–, un amplio corredor para que la literatura americana sea conocida en todos los lugares en donde el español tiene sus anclajes espirituales más duraderos.